

# El Comercio

Lima, domingo 19 de noviembre de 1989

## Raíces y eclosión de Víctor Pimentel

Fernando BELAUNDE TERRY

Entre esos grupos humanos vivaces y bulangueros que llenaban las aulas y los talleres en la Facultad de Arquitectura destacaba la fisonomía andina, vibrante de inquietud y curiosidad, de un joven que prometía. Les hablo de hace cuatro décadas y de un estudiante fuera de serie: su nombre era y es Víctor Pimentel Gurmendi. Confieso, sin falsa modestia, que tuve alguna intuición de lo que habría de ser su trayectoria en la vida.

Cuando comenzamos a construir la Facultad, con mucho empeño y poca plata, llegaron algunas donaciones en materiales que era preciso almacenar. Pero carecíamos de almacenero y, lo que era más grave, de recursos para pagar sus servicios. Se requería un voluntario. Un hombre dispuesto a practicar aquello que he llamado "la filantropía de los pobres". Con los bolsillos vacíos pero con el corazón lleno de generosidad y una imaginación ilimitada, apareció el voluntario: Víctor Pimentel.

Así comenzó la carrera de este arquitecto que se pasaba los días en los talleres y en las aulas y las noches entre maderos, fierros y sacos de cemento.

Mas no fue estéril el esfuerzo. Las bolsas vacías le dieron oportunidad de soltar su imaginación en fascinantes dibujos en que todo era hallazgo o invento. Por algo ha dicho Octavio Paz "la función del arte es abrirnos las puertas que dan al otro lado de la realidad".

Terminada la obra el generoso guardián quedó sin trabajo pero con el mundo por delante. Diplomado, se le abrieron puertas en el exterior y pronto lo vimos convertirse en experto en restauración que, como lo anotaba insistentemente ese gran maestro que fue Paul Linder, es vocablo que no debe confundirse con reconstrucción. Se reconstruye lo que está destruido. Se restaura lo que, mostrando las huellas del tiempo, mantiene su mensaje. Ha sido tarea de Pimentel salvar muchas obras de la completa destrucción, sintiendo devoción y fervor por sus raíces peruanas. Una bella arquitectura — dice Perret — es "una arquitectura que será una bella ruina...". Pimentel, en su peregrinaje entre las ruinas que atestiguan nuestra milenaria cultura, tiene la virtud de interpretarlas y, sin llegar a la ficción, recoger, con autenticidad, su silencioso pero elocuente mensaje.

Con la misma emoción con que estampé mi firma en su diploma de arquitecto, la puse en la resolución que lo nombraba Director del Museo Nacional y la pondría, con mayor complacencia aún, en el "Premio América de Arquitectura" que, como tan justa recompensa a su esfuerzo, habilidad y talento, se le otorga ahora.

No sé qué admirar más en Pimentel: si la identidad con sus profundas raíces andinas o la eclosión de su fascinante obra en las bellas artes. En sus misteriosas lucubraciones gráficas coincidía — tal vez sin sospecharlo — con Villaurrutia, en aquello de que "acaso el objeto de la pintura no sea otro que hacer ver lo invisible...".